

# ¡POR LA CIVILIZACIÓN **CRISTIANA!** ¡POR LA LIBERTAD DE **LA PATRIA!** ¡POR LA **JUSTICIA SOCIAL!**

**IÑAKI  
GOIOGANA**

## **UNA APROXIMACIÓN A LOS ORÍGENES SOCIALCRISTIANOS DEL PNV (1931-1936)**

**Cuando oímos hablar de democracia cristiana nos vienen a la memoria los años posteriores a la II Guerra Mundial, pero estas ideas políticas son anteriores en el tiempo y tuvieron un importante desarrollo en la Euskadi republicana. Concretamente el Partido Nacionalista Vasco, por medio de sus jóvenes dirigentes de la época, las hizo suyas hasta convertirlas, conjugándolas con sus principios nacionalistas, en parte de sus señas de su identidad.**

**E**l período comprendido entre el final de la II Guerra Mundial y la caída del muro de Berlín, la época conocida como Guerra Fría, fue, sin duda, el tiempo de los partidos de centro, tanto de izquierda (socialdemócratas), como de derecha (socialcristianos). Estos años coincidieron también con uno de los períodos de mayor bienestar social conocido en el mundo occidental.

Desde que el Plan Marshall pusiera las devastadas economías euro-occidentales de la posguerra mundial de nuevo en condiciones de competir hasta la crisis del petróleo de los años 70 y, sobre todo, hasta la desaparición de la “amenaza” comunista -tanto oriental, la procedente de los países del este, como la endógena propia de los países occidentales- a finales de los 80, las naciones prósperas del mundo occidental conocieron los años de pujanza de las clases medias. Unas clases medias surgidas en gran medida de la promoción de los estamentos más populares de la sociedad y que hallaron, en buena medida, su expresión política en los mencionados partidos de centro.

La desaparición del peligro comunista con la caída, primero, del muro de Berlín y, más tarde, del régimen soviético, trajo si no el fin de la democracia cristiana, al menos, la mutación de la mayor parte de los movimientos reconocidos en esta corriente

de pensamiento internacional, en partidos más liberales (o abiertamente neoliberales). Vencido el colectivismo marxista por el capitalismo, éste se vio libre para poder mudar su cara más social y pisar el acelerador de la privatización procediendo al desmantelamiento de logros sociales y de amplias áreas del sector público.

Los trazos gruesos hasta aquí esbozados quieren mostrar el marco temporal y político donde debe inscribirse la democracia cristiana occidental. A ello habría que añadir el entorno político donde esta corriente ejerció el poder: un marco democrático. Al oeste del *te-lón de acero*, la línea de demarcación entre los sistemas capitalista y socialista en Europa, en un sistema de libre mercado pero con una acusada participación estatal en la economía, las clases medias pudieron progresar hasta llegar a grados de bienestar como nunca antes habían conocido, todo ello en el marco de una democracia representativa. Estas sociedades occidentales eligieron a sus representantes políticos mayoritariamente en opciones de centro, entre las que la democracia cristiana tuvo un papel muy importante.

Pero no todo era democracia en Europa occidental. La península ibérica ostentaba el dudoso honor de ser gobernada por dos dictaduras que prolongaban su historia a más de una década y, lo que fue peor, no caerían ni la una ni la otra hasta la primera mitad de los años 70. Ello motivó que este medio siglo de Guerra Fría en Euskadi estuviera condicionado por la lucha contra la dictadura de Franco, al igual que en algunas repúblicas latinoamericanas que también padecieron durante estos años dictaduras militares igual de sangui-narias y al servicio de los intereses norteamericanos. Del mismo modo, la posguerra mundial vasca se desarrolló bajo el yugo de un régimen que para el cálculo de las potencias occidentales era más beneficioso que la instauración de una democracia de corte occidental. A los ojos aliados occidentales era preferible el nacional-catolicismo hispano al retorno a un sistema parlamen-tario representativo, fuera éste republicano o no, debido a la supuesta amenaza que sobre la misma ejercería el extremismo de izquierda.

Sin embargo, la larga dictadura no fue óbice para que el PNV en el exilio desplegara en la persona de sus dirigentes José Antonio Aguirre, Francisco Javier Landaburu, Manuel Irujo, José María Lasarte, Julio Jauregui, etc. una importante actividad política de desarrollo de



De izquierda a derecha: Ander Bereciartua, Jesús María Leizaola, Heliodoro de la Torre, Juan Ajuriaguerra, José Antonio Agirre, Doro-teo Ziaurriz y Jesús Solaun en la Delegación del Gobierno en la Av. Marceau, en París. A sus espaldas, un mapa de Euskadi pintado por Ricardo Arrúe.



Personal de la Delegación parisina del Gobier-no: Just "Neguri" (periodista), Agustín Alberro, Manuel Irujo, Jesús María Leizaola, José An-tonio Agirre, Alberto Onaindía "Padre Olaso", Doctor Lasa, Balbino Barriola, José Mari Arregi, Jesús Insausti "Uzturre", Faustino Pastor "Ba-surde" y Andrés Prieto.

la democracia cristiana europea y mundial. Cabría decir incluso que, teniendo en cuenta el tamaño del partido jeltzale, probablemente su aportación a la democracia cristiana fue mayor que la realizada por otros miembros de esta corriente de pensamiento de mayor peso internacional.

## PARTIDO DE CENTRO

Este hecho se debió en gran medida a las circunstancias del momento, que hicieron que los foros democristianos (y también los europeístas) fueran casi los únicos ámbitos internacionales donde el partido jeltzale podía exponer ante una audiencia influyente sus opiniones. Al PNV no le quedó más tribuna exterior que los congresos y seminarios democristianos y europeístas. Sin embargo, esta circunstancia momentánea no quitaba a la apuesta cristianodemócrata y europeísta del PNV sinceridad. Cabe decir que si el PNV militó en la internacional democristiana de la posguerra mundial europea fue porque estaba embarcado en aquella nave por convicción. La prueba

El PNV se hizo democristiano cuando era más fácil ser extremista que centrista [...] cuando los partidos de orden apenas tenían más programa social que la pura y voluntaria caridad.

de ello estriba en que su “conversión” social-cristiana se produjo años antes del *boom* de estos partidos en Europa, cuando esta línea ideológica era minoritaria entre las fuerzas políticas de centro-derecha y marginal también dentro de los partidos que se reconocían fieles a las doctrinas de la Iglesia católica. El PNV se hizo democristiano cuando era más fácil ser extremista que centrista, cuando se llevaban más las dictaduras (militares, del proletariado o de otro tipo...) que las posturas democráticas; en fin, cuando los partidos de orden apenas tenían más programa social que la pura y voluntaria caridad. En este sentido, durante la primera mitad de los años treinta, cuando los extremos ganaban

terreno a ojos vista, el partido fundado por Sabino Arana, sin olvidar sus principios nacionalistas ni su confesionalidad explicitados en su lema *Jaungoikua eta Lagizarra*, abrazó las doctrinas sociales derivadas de las encíclicas papales y ocupó en la arena política vasca el terreno de un partido demócrata con gran sensibilidad social. Esto es, el centro.

## JOSÉ ANTONIO AGUIRRE

En esta “conversión” democristiana del jeltzalismo fue fundamental la gestión seguida por los nuevos dirigentes nacionalistas incorporados al frente del partido con la reunificación habida lugar en 1930 y el advenimiento de la República de abril al año siguiente. Entre los jóvenes líderes que condujeron al PNV hacia la senda democristiana se deben citar los más arriba mencionados, entre los que merece especial consideración José Antonio Aguirre, quizás el más carismático e influyente de todos ellos.

José Antonio Aguirre se incorporó a la militancia política muy joven y rápidamente accedió a cargos directivos. Tras militar en el asociacionismo católico juvenil y dirigirlo en el territorio de Bizkaia, la unificación de las facciones nacionalistas de Aberri y Comunión en el congreso de Bergara y la caída de la dictadura primorriverista abrió para Aguirre el camino a la asunción de cargos públicos.

## LA REPÚBLICA DE ABRIL

Como es sabido, la monarquía española, después del fiasco de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1931), intentó gestionar el retorno a la senda constitucional convocando elecciones para renovar todos los cargos públicos del Estado. Los escasos apoyos con los que contaba el régimen monárquico hacía previsible una fuerte contestación y con el fin de amortiguar el golpe en lo posible, el Gobierno español evitó la constitución de un parlamento hostil y llamó primero a unos comicios administrativos menores, las elecciones municipales. Sin embargo, la oposición dio a las elecciones del 12 de abril de 1931 un carácter de referéndum en el que emplazaron al pueblo a elegir entre monarquía y república, siendo esta opción

la preferida por una parte muy sustancial del electorado. En consecuencia, tras el resultado electoral, la monarquía cayó dando comienzo el segundo período republicano español.

El nacionalismo jeltzale abrazó inmediatamente el nuevo régimen, pero no sin recelos. La recién nacida República era en gran medida obra de los firmantes del denominado Pacto de San Sebastián firmado el verano de 1930 por fuerzas burguesas reformistas, socialistas y nacionalistas catalanes, entre las que no se hallaba el PNV. En esta reunión donostiarra, los firmantes del acuerdo decidieron, entre otras cosas, que Catalunya obtendría un estatuto de autonomía, pero al no participar los jeltzales no se trató de la posibilidad de algo similar para Euskadi. Por ello, por este “vicio” de origen, el PNV, por aquellas fechas recién unido tras una escisión de varios años y pujante por el apoyo popular logrado en los comicios de abril, pero sin seguridad de obtener algún grado de autogobierno, se dio prisa en poner encima de la mesa sus aspiraciones al proclamar la República vasca dentro de la República federal española. Era ésta una forma de afirmar que se estaba con el nuevo régimen pero, a la vez, una manera de presionar y de llamar la atención de las nuevas autoridades republicanas. Además, para ampliar su base entre la población y ejercer más fuerza en las nuevas Cortes, los jeltzales se aliaron con la derecha vasca usando como elemento de unión el catolicismo militante y como objetivo compartido la consecución del Estatuto redactado para la ocasión por la Sociedad de Estudios Vascos.

En todas estas acciones José Antonio Aguirre fue un elemento clave, primero, como alcalde electo en el municipio de Getxo y, más tarde, en su puesto de diputado. Él fue uno de los primeros alcaldes en proclamar la República vasca y él fue el principal impulsor del movimiento municipalista que reivindicó el Estatuto. Aguirre fue también el más activo orador de la Minoría Vasco-Navarra de las Cortes constituyentes una vez de que fuera elegido diputado en las elecciones convocadas en junio de 1931.

Estas primeras jornadas republicanas de abril de 1931 son también las fechas del inicio de la evolución al centro del PNV. Un cambio modernizador desde las posiciones más integristas ocupadas al principio hasta la militancia en los postulados socialcristianos en los



José Antonio Aguirre en el “Queen Elizabeth” rumbo a Estados Unidos.



El lehendakari, acompañado de Antón Irala, delegado del Gobierno Vasco en Nueva York, y de Jesús Galíndez, miembro de dicha Delegación, presenta al Secretario General de Naciones Unidas, Trygve Lie, un informe sobre la represión del Gobierno de Franco en Euskadi. Mayo 1946.



momentos previos al estallido de la guerra civil, adscripción ésta que ya no abandonaría el PNV; al contrario se convertiría en una importante seña de su identidad.

Comúnmente, al analizar el quinquenio republicano previo a la guerra, se han señalado tres etapas, coincidentes con las tendencias de los gobiernos que ocuparon el poder. A un período de izquierdas que gobernó la República entre abril de 1931 y noviembre de 1933, le siguió el denominado bienio negro regido por la derecha que se prolongó hasta las elecciones legislativas de febrero y marzo de 1936. Finalmente, se señala como tercera etapa el período comprendido entre los meses de marzo y julio de 1936, meses de dominio izquierdista. Esta periodización sirve también para explicar la evolución del nacionalismo vasco o, si se prefiere, el alejamiento de las posiciones integristas y su afirmación en posiciones democráticas.

En 1931 la unión entre las derechas españolas y el nacionalismo vasco tuvo mucho de reacción y de trinchera frente a la emergente izquierda y sus doctrinas laicas. España podía dejar de ser católica, como afirmó Manuel Azaña en el debate constitucional, pero Euskadi debía resistir. Como símbolo de esta resistencia vasca podemos tomar el proyecto de Estatuto de Autonomía redactado por la Sociedad de Estudios Vascos que, entre otras competencias, reservaba para la Euskadi autónoma la capacidad de establecer relaciones con el Vaticano. La respuesta gubernamental no se hizo esperar y la frase de Indalecio Prieto tachando la pretensión vasca de establecer un Gibraltar vaticano refleja muy bien cuales eran las posturas.

### **PRIMER PERÍODO REPUBLICANO, 1931-1933**

*“Yo sueño con una sociedad regida por las normas de Cristo en todos los órdenes, compatible con el progreso y la modernidad, sueño con el retorno al cristianismo primitivo que pregonaba el insigne patriota, el cardenal Mercier”*, escribía Aguirre a Eli Gallastegi a comienzos de 1931. En estas premisas debían entrar las actuaciones del nacionalismo en opinión del joven dirigente nacionalista. Para

la materialización de estas ideas se recorrieron tres caminos. Por una parte la defensa de los intereses católicos en la discusión constitucional. Por otra, se luchó denodadamente en la defensa del proyecto de Estatuto. Y, por último, se trató de elaborar una política social desde postulados enunciados por la Iglesia católica, sustanciada en la constitución y desarrollo de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana (AVASC).

Estos tres caminos los recorrió el nacionalismo vasco junto a la derecha y resultaron un fracaso, tanto por la oposición de las fuerzas de la izquierda en el poder como por la poca ayuda que de los aliados derechistas prestaron al jeltzalismo. En efecto, las fuerzas de izquierda impusieron una serie de artículos en la Constitución que hacían imposible su aceptación por las fuerzas confesionales. El laicismo constitucional -y su legislación de desarrollo- secularizó cementerios, introdujo prohibiciones para la Compañía de Jesús, etc. Esta separación entre Iglesia y Estado impidió también que el Estatuto de Eusko Ikaskuntza siguiera adelante. Pero no fue la única razón. Una vez perdida la batalla constitucional, el apoyo del nacionalismo a las políticas de la derecha ya no era tan necesario y estas fuerzas empezaron a desistir de apoyar el proyecto estatutario. Así, el primer proyecto de Estatuto acabó pereciendo tanto por su dificultad para amoldarse a la nueva Constitución como por el rechazo de algunas fuerzas derechistas que empezaron a reclamar de nuevo la reinstauración foral.

El tercer plano trabajado por el PNV en estos comienzos republicanos estuvo relacionado con la cuestión social. En una República que en el artículo primero de su constitución declaraba que *“España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia”* no cabía otra posibilidad.

A primeros de diciembre de 1931 se reunieron en Bilbao varios diputados pertenecientes a la Minoría Vasco-Navarra junto a sindicalistas y capitalistas entre los que se hallaban personalidades como José Antonio Aguirre, Jesús María Leizaola, Marcelino Oreja, Manuel Robles-Arangiz o José Camiña, para constituir la AVASC. De esta reunión salió la primera junta directiva de la Agrupación,

además de un manifiesto con los principios que la citada entidad social pretendía defender. En cuanto al primer punto cabe indicar que fue elegido presidente, en su calidad de miembro de la Comisión de Alcaldes, José Antonio Aguirre. Con respecto al manifiesto hecho público, la AVASC declaraba que *“el problema social va revistiendo proporciones aterradoras”* y observaba que *“la paz secular de nuestro entrañable País Vasco ha sido alterada, violentamente alterada, hasta el punto de que puede ser origen de su disolución radical”*. En el manifiesto social cristiano se sostenía que *“la idea individualista predominante en los últimos siglos”* había sido sustituida *“por la socialista o colectivista del presente”* y se resumía la situación diciendo que *“si las doctrinas extremadas de los dos siglos pasados hicieron del hombre un dios y paradójicamente esclavo del hombre, las actuales tienden a hacer del hombre esclavo del dios sociedad y del dios Estado”*. Frente a todo ello se afirmaba que *“aun las doctrinas más moderadas reconocen que la propiedad individual tiene una función social destacada, que la vida económica no se regula exclusivamente por las famosas leyes de la libre concurrencia y que el trabajo no es una mercancía como las demás, sometido a las leyes de la oferta y de la demanda”*.

En el manifiesto mencionado quedaba planteada la tercera vía frente al liberalismo capitalista individualista y los colectivismos, por una parte, socialista marxista y, por otra, estatista fascista. Frente a los extremos defendidos por el individualismo y los colectivistas, entre la libre concurrencia de los mercados y la total colectivización de la economía, quedaba apuntada la función social de la economía, el reconocimiento de la individualidad de la persona pero también la dimensión colectiva de la sociedad donde el individuo se insertaba. Sin embargo, pocas semanas más tarde, en un folleto de presentación publicado por la misma AVASC, la Agrupación declaraba que su *“enemigo principal”* era *“uno solo con dos nombres: socialismo y comunismo”*, dejando de citar entre sus objetivos a batir los problemas que pudieran derivarse del individualismo liberal y capitalista.

Esta contradicción entre denunciar, por una parte, los males del capitalismo y de los colectivismos y, por otra parte, declararse enemigo solo de los males que se derivaban de la izquierda marcaba bien a las claras que la AVASC se estaba deslizando por el



El lehendakari Agirre y Fernando de los Ríos (ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Republicano) con el soviético Arkady Sobolev (Secretario General adjunto del Consejo de Seguridad de la ONU). 1946.



De izquierda a derecha: Santiago Aznar, Joseba Rezola, Agirre, X y Larrañaga durante la inauguración del Centro Vasco de Caracas.

camino que habían recorrido los sindicatos católicos en España, el amarillismo o el paternalismo capitalista más alejado de los intereses de clase y, por tanto, fuera de la línea que había adoptado el sindicato nacionalista Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV-ELA). Este sindicato, sin dejar de ser una agrupación obrera cristiana, nunca renunció a ser una entidad reivindicativa y pronto denunció a la AVASC como propagadora de una ética de la resignación, abandonando la misma y presionando al partido nacionalista para que adoptara derroteros más obreristas.

Que la unión entre las fuerzas de derecha y los nacionalistas vascos hubiera fracasado en las luchas por lograr una Constitución más favorable a la Iglesia, el Estatuto y un programa social no se entendió de la misma manera en ambos ámbitos políticos. El nacionalismo vasco entendió que los caminos recorridos hasta la fecha eran los equivocados y reafirmandose en sus postulados democráticos intentó nuevas vías para lograrlos. La derecha, por su parte, nunca renunció a utilizar mecanismos de fuerza para cambiar la situación y cuando vio que podía renunciar a la fuerza del nacionalismo para lograr sus objetivos lo hizo.

Un discurso de Aguirre es clarificador de la postura del PNV en este momento previo al divorcio con la derecha. *“Si es que derecha es ser opuesto a los avances legítimos de la democracia en contra de los poderes absolutos, si esto es ser derecha, nosotros somos izquierda... Si por derecha se entiende la consubstancia de la religión con un régimen cualquiera y no independencia absoluta de los poderes eclesiástico y civil en sus materias respectivas, entonces también somos izquierda. Y si por derecha se entiende, en el orden social, oposición a los avances legítimos del proletariado, llegando incluso a la transformación absoluta del régimen presente, e incluso hasta donde no veis vosotros en el régimen económico; si por eso se entiende derecha, también somos izquierda”*.

Cada vez era más evidente que el PNV representaba un catolicismo moderno, social y democrático, a la vez que se alejaba de la derecha que encarnaba un catolicismo vuelto al pasado y de día en día más autoritario.

## BIENIO RADICAL-CEDISTA

Las elecciones generales de noviembre de 1933 escenificaron esta ruptura al presentarse el PNV en solitario a las mismas. El partido jeltzale optó para resumir su programa con el siguiente lema *“Por Dios, por Euzkadi, por la justicia social, por los hombres libres en los pueblos libres”*. Sin renuncia de su catolicismo, se abrazaban las libertades democráticas y se reivindicaban el principio de justicia social y el autogobierno.

Si en estos comicios se escenificó la ruptura con la derecha, costaría ver todavía una aproximación a la izquierda aunque esa ruptura se entendiera desde las posiciones de los antiguos aliados como una clara aproximación al lado opuesto. La nueva aritmética parlamentaria hizo que la derecha no necesitara de los apoyos del nacionalismo por mucho que éste hubiera conseguido los mejores resultados de su historia. Esta correlación de fuerzas hizo también que la nueva mayoría pudiera mostrar su antiautonomismo sin ningún tapujo además de una apuesta centralista como se veía en el conflicto municipalista del verano de 1934. Sirvió también para que la derecha demostrara que no estaba muy por la labor de solucionar el conflicto social con medidas que se aproximaran a las peticiones de las clases más desfavorecidas.

El bienio negro fue muy pródigo en enfrentamientos tanto sociales como entre el centro y la periferia. Entre estos últimos cabe mencionar las trabas que se pusieron al proyecto de ley de autonomía hasta hacer que naufragara de nuevo en las Cortes. Por otra parte, otro punto de fricción desatado entre el centro y la periferia fue el causado por el recurso al Tribunal de Garantías Constitucionales de la ley catalana de contratos de cultivos. Aprobado por el Parlament en función de sus competencias pronto recibió la oposición de los sectores más conservadores. Rápidamente la cuestión se convirtió en un conflicto entre Madrid y Catalunya en el que los vascos se vieron involucrados, no solo por razones de solidaridad vasco-catalana, sino también porque el proyecto de Estatuto Vasco que se discutía en aquellos momentos en las Cortes contenía unas competencias similares a las catalanas en la materia recurrida.



No fue el único conflicto entre el centro y la periferia. En verano de 1934 se desató el llamado conflicto municipalista por la cuestión del arbitrio sobre el vino. Los grandes productores de vino habían pedido al gobierno que se disminuyera la presión fiscal con el fin de mejorar la grave crisis que sobre el sector se cernía. Ocurría que en Euskadi estaba en vigor el Concierto Económico y que una disminución en la fiscalidad aplicable al consumo del vino reduciría sensiblemente los ingresos de los municipios. Estos dos conflictos hicieron que los intereses de los nacionalistas y de los sectores de izquierda coincidieran y propició que se produjera algún acercamiento.

Por estas fechas el sindicalismo nacionalista vasco estaba también practicando su particular evolución hacia posiciones más reivindicativas de clase. También a planteamientos de participación más activa en conflictos laborales. Efectivamente, frente a un bienio inicial republicano en el que ELA mostró un nivel de participación en las luchas laborales, bajo en consonancia también con los sindicatos de clase, el acceso al poder de la derecha radicalizó las posturas sociales y las huelgas fueron más numerosas, por lo menos hasta la revolución de octubre de 1934. Por estas fechas también, ELA estaba, en línea con las ideas socialcristianas que estaban impregnando el nacionalismo, formulando la salida *propietarista* a los conflictos sociales. Frente a las colectivizaciones de bienes propugnadas por los sindicatos de izquierda, Solidaridad optó porque los trabajadores fueran partícipes en la propiedad de las empresas en las que trabajaban transfiriéndoles parte del capital social, llegando con ello a la cogestión de la entidad.

Todos estos puntos en común o coincidencias entre las fuerzas de la izquierda y el PNV hicieron recelar a las derechas hasta el punto de que cuando estalló el conflicto de octubre se le involucrara en el intento revolucionario casi con la misma culpabilidad que tuvieron los organizadores. Oficialmente, y en líneas generales, el nacionalismo se mantuvo al margen de la intentona, pero algunos elementos pertenecientes al mismo se involucraron de alguna manera –obligados o voluntariamente– en los paros organizados. De lo que no cabe duda es de que parte de la represión le alcanzó al nacionalismo y la derecha hizo todo lo posible para mostrar que los jeltzales habían sido parte sustancial de la revolución.



Leizaola, Agirre, X y Landaburu en el Congreso Europeo de la Democracia Cristiana.



El lehendakari Agirre junto a Gregorio Marañón y Ramón María Aldasoro, en 1950.



Euskadi necesitaba su libertad para “verla limpia, señora, democrática, justa, donde el humilde se vea amparado, donde tenga acceso al bienestar”.

En el orden teórico, durante el agitado bienio radical-cedista el Partido Nacionalista Vasco se planteó la realización de un congreso que clarificara su programa social. Congreso que, si bien no pudo celebrarse, podemos afirmar por las listas de materias que eligieron para ser tratadas en él y los debates previos publicados en el órgano de prensa jeltzale, *Euzkadi*, iba claramente en la dirección social cristiana. Algunas de las ponencias a discutir abarcaban los siguientes asuntos: En materia agraria, conversión del caserío en patrimonio familiar suficiente e inembargable, establecimiento de seguros y mutualidades y protección de organizaciones encaminadas a la estabilización de las rentas en los contratos de arrendamiento y abono de mejoras en caso de rescisión. En pesca, establecimiento de cooperativas de consumo y de armadores y acceso de los pescadores a la copropiedad de los elementos de pesca. En industria y comercio, establecimiento del salario mínimo vital y familiar, protección de las familias numerosas, acceso del obrero al capital y a la participación en beneficios, cogestión en la empresa de patronos y obreros, control obrero, etc.

En definitiva, un intento teórico para dotar al nacionalismo de un programa social basado en las enseñanzas de la doctrina social cristiana. Esto es, para hacer desaparecer, o al menos minimizar, los problemas sociales convirtiendo a los arrendatarios y trabajadores por cuenta ajena en propietarios de los medios de producción.

Parte de estas ponencias congresuales pasaron a ser incluso planteadas en las Cortes republicanas en febrero de 1935, cuando la minoría vasca planteó la proposición de ley acerca del salario y subsidio familiares y la participación de los obreros en los beneficios de la empresa. Aunque no se pueda afirmar con rotundidad, probablemente la ini-

ciativa parlamentaria partió de José Antonio Aguirre quien ya venía aplicando con éxito en la empresa chocolatera familiar las medidas que pretendía convertir en ley.

La propuesta ni siquiera se admitió a trámite, pero sirvió para clarificar las posiciones de cada uno. Es posible que solo sea una leyenda, pero retrata bien la diferencia que para inicios de 1936 separaba a los católicos jeltzales de los católicos de derecha la afirmación que asegura que el agrario José María Lamamie de Clairac dijo que como se siguieran citando las encíclicas en contra de sus intereses les llevaría a convertirse en cismáticos.

#### **ELECCIONES DE 1936**

Con estas posiciones marcadas y con una bipolarización tremenda en el electorado, los comicios generales de febrero de 1936 se presentaron como la lucha entre la revolución y la contrarrevolución. Al PNV se le planteó un grave problema de conciencia pues al ser un partido confesional no podía dejar de lado las enormes presiones que se le hacían para que se uniera al bloque contrarrevolucionario, apelando a la unión de los católicos. El PNV no podía olvidar todos los agravios recibidos durante el bienio derechista y hacer tabla rasa para unirse a la derecha cuando a ésta le convenía. Para explicar su postura y demostrar que era sumisa a los dictados de la Iglesia una comisión jeltzale viajó a Roma, pero no logró que fuera recibida por alguna representación de calidad de la Secretaría de Estado. Lo único que recibió fue incompreensión hacia su postura y recriminaciones por no aportar su ayuda a lo que el Vaticano entendía vital en aquel momento, el gobierno español.

Que la decisión de concurrir en solitario a las elecciones no fue fácil nos lo demuestra la necesidad que vieron las autoridades jeltzales de abrir una encuesta interna para sondear la opinión de militantes cualificados. El sondeo mostró como resultado que la opinión unánime de los encuestados era favorable a concurrir a las elecciones y concurrir a ellas en solitario.

Adoptada la decisión, se consideró importante remarcar bien la diferencia que había entre las

derechas y los nacionalistas y entre las izquierdas y los jeltzales y presentar un programa propio, diferente al de los contrincantes de derecha e izquierda. En este sentido, el discurso clarificador y clave de la campaña fue el que pronunciara en el frontón Euskalduna de Bilbao a mediados de enero José Antonio Aguirre. El futuro lehendakari presentó la candidatura jeltzale abierta a todos *“Somos para toda la patria, entendiéndolo bien, para toda la patria, lo mismo para los de la derecha, que para los del centro, que para los de la izquierda”*. Entre las derechas, *“que mostraban un látigo en sus manos”* y *“odio en el corazón”*, y las izquierdas que preparaban las represalias por la represión sufrida a raíz de la revolución de octubre, Aguirre abogaba por la amnistía y la generosidad. El diputado y candidato a renovar su acta reprochaba a las derechas haber entorpecido las iniciativas parlamentarias nacionalistas en materia religiosa y social y se mostraba contrario tanto a los que gritaban *“Contra la revolución y sus cómplices”* –la derecha- como a los que afirmaban estar *“Contra los ladrones y sus encubridores”* –el Frente Popular-. Llegado a este punto del discurso, Aguirre lanzó el que se convertiría en el lema de la campaña *“¡Por la civilización cristiana! ¡Por la libertad de la patria! ¡Por la justicia social!”*.

A continuación pasó a desglosar cada una de las tres afirmaciones. El nacionalismo según Aguirre estaba por *la civilización cristiana*, porque no entendía de hipocresías ni de falsos catolicismos y abogaba por una civilización cristiana que se situaba en frente de la turba que incendiaba lo que para los jeltzales era sagrado. *¡Por la libertad vasca! Según Aguirre porque Euskadi necesitaba su libertad para “verla limpia, señora, democrática, justa, donde el humilde se vea amparado, donde tenga acceso al bienestar”*. Para remarcar esta idea de justicia social según las enseñanzas de la Iglesia católica, Aguirre traía a colación las palabras de uno de los líderes más respetados de esta corriente de pensamiento, el cardenal Mercier, cuando éste afirmó que *“Tenemos todos derecho al cielo, pero también a un pedazo de las cosas de la tierra”*. Y subrayó esta idea diciendo *“Haremos de nuestro pueblo un modelo de legislación en Europa, tendrán que bajar aquellos hombres que hoy disfrutan sin limitaciones; subirán disfrutando lo que es para todos aquellos hombres ¡vergüenza da decirlo! que no tienen un pedazo de pan para llevarse a la boca”*.



El Gobierno en su nueva sede de rue Singer a la que hubo de trasladarse en 1951 tras la incautación del edificio de la Avenida Marceau. De pie, de izquierda a derecha: Monzón, Campomanes, Leizaola y Nardiz; sentados: Garbisu, Agirre y Gómez.

## FRENTE POPULAR

La intensa polarización del voto hizo que el nacionalismo retrocediera en sus resultados electorales, pero por otra parte, puede decirse que el mismo enfrentamiento le llevó a situarse en un carril sin vuelta atrás. Los jeltzales pretendían asegurar un estatuto de autonomía y un espacio de poder al que podían aspirar para desde él empezar a transformar la parte del mundo en la que vivían. Y en esta labor se hallaban cuando en julio de 1936 parte del ejército español se sublevó en África y en la península. Frente a alguna duda inicial, los nacionalistas se posicionaron casi unánimemente a favor de la democracia y de la legalidad republicana, pero no se olvidaron de su programa político y de transformación social. Así, el proyecto de Estatuto que se estaba discutiendo en el Parlamento se aprobó y esto hizo posible que se formara un Gobierno vasco participado por todos los partidos políticos leales a la República.

El programa de gobierno que acordaron estas fuerzas refleja el avance que las doctrinas social cristianas habían tenido en el PNV. En la llamada *Declaración ministerial* se dice en el primer punto, después de afirmar que la finalidad inmediata del Gobierno era “*el supremo designio de conseguir la victoria y establecer definitivamente la paz*”, que el nuevo ejecutivo “*Respetará y garantizará los derechos individuales y sociales de todos los ciudadanos vascos y, en consecuencia, la libre práctica de las confesiones y asociaciones religiosas*”. Este punto no era solamente un desiderátum, un brindis a la galería de la opinión pública internacional para contrarrestar la afirmación del enemigo de que se había visto obligado a sublevarse para defender la religión perseguida por la fuerzas del Frente Popular. Era bastante más que eso, era una muestra del respeto democrático por las opiniones religiosas de todos al que se sometían tanto las fuerzas laicas de izquierda como los confesionales jeltzales.

Pero, tal vez, los puntos más socialcristianos del programa fueran los que afirman que “*sobre las bases mínimas de la legislación social del Estado, el Gobierno desarrollará una política de acusado avance social, respondiendo al principio de que todo ciudadano tiene obligación de contribuir con su trabajo, su capital y su actividad intelectual al bienestar general del país; reciprocamente, tiene derecho a participar en los bienes sociales según el progreso civil.*”

*En consecuencia, el Gobierno vasco promoverá el acceso del trabajador al capital, a los beneficios y a la coadministración de las empresas, pudiendo llegar a la incautación y socialización de los elementos de producción que estime necesario para organizar rápidamente la victoria. Procurará en todo momento evitar lesiones innecesarias a los intereses de los productores y protegerá decididamente al modesto industrial y comerciante”.*

Con este bagaje ideológico no era extraño que el Gobierno vasco y los nacionalistas se ganaran el apoyo de las figuras democristianas más importantes del momento. François Mauriac, Jacques Maritain, Don Sturzo y otros mostraron su solidaridad durante la guerra y fueron muy válidos apoyos para la acción exterior que desarrolló el nacionalismo vasco durante la guerra civil y la posterior guerra mundial. Sin esta etapa previa republicana no se explica cómo Aguirre al llegar a América pudo tener acceso a las autoridades estadounidenses, cómo estableció tratos con los democristianos europeos exiliados en América, cómo crearon lazos entre ellos y planes para el futuro posbélico europeo o cómo pudieron personalidades de la entera confianza del lehendakari Aguirre como Pedro Basaldua y José Mari Lasarte dinamizar los incipientes partidos socialcristianos del Cono Sur. Todo ello hizo posible que cuando en los años cuarenta se creara la internacional democristiana uno de los fundadores fuera el PNV.



*walde*<sub>36.</sub>

por la civilización cristiana  
la libertad vasca y la  
justicia social



**¡ahora euzkadi!**

# DOKUMENTUAK

## MANIFIESTO DE TRUCIOS

### JUNIO DE 1937

He llegado con las tropas vascas hasta el límite de Euzkadi. He permanecido entre ellas admirando el temple de nuestro pueblo, cuyo espíritu no será jamás vencido. Y antes de salir de Euzkadi, protesto en su nombre ante el mundo del despojo que con los vascos se verifica en pleno siglo XX privándonos de nuestra Patria, a la que tenemos derecho por ser nuestra y porque la amamos entrañablemente. Y protestamos doblemente, porque para verificar el despojo ha necesitado el fascismo español de fuerzas mercenarias y extranjeras y de elementos de guerra alemanes e italianos. Con absoluto descaro invocan nuestros enemigos el derecho de conquista. Lo negamos para siempre. El territorio habrá sido conquistado; el alma del Pueblo Vasco, no; no lo será jamás.

Hemos obrado noblemente; nuestra conducta no ha variado ni siquiera a última hora. Hemos dejado intacto Bilbao y sus fuentes productoras. Hemos dado libertad a los presos con generosidad que es pagada por el enemigo con persecuciones y fusilamientos. Ningún despojo es imputable al Ejército Vasco.

El Pueblo Vasco mira al futuro con ilusión; su alma nos pertenece. Nuestra conducta es la suya. Volveremos a recobrar el suelo de nuestros padres para restaurar el idioma escarnecido, la ley ultrajada, la libertad arrebatada. ¿Qué prometió jamás el fascismo a Euzkadi? Nada, pues puesta su planta sobre Bilbao ha derogado no sólo la autonomía conquistada, sino hasta el Concierto Económico, viejo resto de libertades históricas que fue respetado hasta en los tiempos de la Monarquía. Protesto también de este postrer despojo, interpretando el sentimiento sordo del pueblo sojuzgado, a quien no se le permite hablar.

Mi pueblo emigrado tropieza con el mar, encontrándose ante un doble peligro. No quiero pensar que los pueblos amigos o enemigos han de permanecer en silencio. ¿Tan grave es que un pueblo defienda su libertad?

Pues por defenderla, por ser dignos de la Patria, centenares de miles de vascos pasan hoy momentos de angustia y privaciones. No quiero creer que del mundo ha desaparecido la sensibilidad.

El Gobierno Vasco sigue en su puesto, lo mismo en Euzkadi que donde quiera que se encuentre. Él es el Gobierno legítimo de los vascos porque interpreta el sentir de una raza, que no ha sido vencida, sino temporalmente avasallada y ultrajada. Y el afecto de nuestros compatriotas les acompañará hasta el día de la victoria.

El presidente del Gobierno de Euzkadi.



